

La calle para el martes ocho de abril de 2008
Diario de un espectador
Epitafio de un dictador
por miguel ángel granados chapa

Director es una palabra que se parece a dictador. Fueron sinónimas en el caso de Herbert von Karajan, que nació en Salzburgo el 5 de abril de 1908, el sábado hizo un siglo. Ninguna presencia como la suya llenó el escenario musical, el que se realiza en las salas de concierto y se prolonga en los discos y las emisiones de radio y televisión, como este músico que si bien no fue el mayor conductor de orquestas del siglo sí fue el que con mayor eficacia aprovechó sus talentos para la música y para fabricarse una imagen, ejercer poder y ganar dinero. Moderno en muchos sentidos, fue piloto de su propio avión, cuya velocidad requería para parecer ubicuo. Así lo exigía su condición de director titular de dos de las mayores sinfónicas del mundo, la de Viena y la de Berlín, y ser el asociado principal de la londinense, así como director de festivales y colecciones discográficas, todo al mismo tiempo, todo con el mismo rigor..

Muy joven, aun antes de que Austria fuera anexada a Alemania, se unió al partido nazi, lo que significó un salto adelante en su carrera, pues la ostentación de sus convicciones políticas lo hizo favorito de la jerarquía hitleriana frente a Wilhelm Furtwangler, cuya independencia lo hizo desconfiable para los jefes que exigían acatamiento incondicional. Karajan pagó poco por su nazismo y saldó pronto su deuda, pues la empresa discográfica EMI lo condujo a Londres después de la guerra – en Alemania tenía prohibido tocar—donde dirigió la Philharmonia Orchestra hasta que en 1954, a la muerte de Furtwangler, fue nombrado director de la sinfónica berlinesa, todavía ciudad dividida entonces, capital de nuevo hoy de una Alemania que se repuso prontamente de la derrota.

Norman Liebrecht, un crítico musical inglés que escribió una biografía de Karajan le dedicó un áspero responso en el suplemento Babelia, del diario español El país:

“Celebrar ahora su vida, con ocasión de su centenario, representa un último esfuerzo a la desesperada, por parte de una industria discográfica moribunda para sacar provecho de un león muerto desde hace mucho tiempo. Algunas conmemoraciones están subvencionadas con subsidios ocultos de los reverentes y obscenamente ricos herederos del director, que tenía un patrimonio de más de trescientos millones de euros al morir.

“El hecho de que Karajan fuera un hombre bueno o malo no viene al caso. Fue un director inteligente, con talento para hacer que una orquesta se adaptara a su sonido personal, una capacidad que explotó con fines inmorales. Impuso su ego en el mundo de la música clásica de tal forma que aplastó la independencia y la creatividad. Su legado es regresivo y su centenario es el momento perfecto para dejar caer el telón de una vez sobre una vida poco meritoria que no produjo ninguna idea original ni defendió ningún valor humano que mereciera la pena. Karajan está muerto. La música está mejor sin él”.

Menos ácido, quizá porque algo conservó de la admiración que Karajan le produjo en la adolescencia, el crítico mexicano Gerardo Kleinburg hizo también (el domingo, en el suplemento El ángel, de Reforma) una síntesis de la grandeza y miseria del director:

“Poder, perfección, control, dominio, ego, liderazgo, tiranía, sempiterna belleza de sonido, volumen, brillantez, seducción, son algunos de los atributos definitorios del fenómeno Karajan”. En sentido contrario se cuentan “la oportunista y precoz filiación nazi del susodicho, su claro veto a directores talentosísimos (como Bernstein o Harmoncourt), la reticencia de muchos solistas (judíos la mayoría) a tocar con él (Barenboim, Stern, Perlman, Zuckerman) las incontables anécdotas de despotismo hacia sus músicos, el sometimiento extremo bajo sus caprichos de incontables cantantes y un largo etcétera”.